

tensiones de las vanguardias a las masas” y finalmente “Soviets”. Tomemos la “confusión” maximalista: encontramos que la traducción de bolchevique por maximalista, en lugar de “mayoritario”, no estaba motivada por ninguna confusión sino que implicaba un rebasamiento de sentido para aprehender una revolución en curso liderada por un grupo radicalizado de la social-democracia rusa entendido como la aparición de una política que buscaba concretar su programa máximo. La utilización del vocablo maximalista permitía englobar a aquellos que simpatizaban activamente con la revolución y que pretendían alcanzar su legitimidad en la propia Moscú. Socialistas, anarquistas y *sindicalistas* podían reclamar su condición de maximalistas en competencia con aquellos que comenzaban a autodenominarse comunistas.

Un comentario aparte merece la última sección. Reservada para las conclusiones, hallamos apenas una “Coda” que no cumple la esperada función de síntesis, presentación de los resultados o cierre de esta ambiciosa investigación. El autor prefiere no tanto adelantar futuros interrogantes como señalar la imposibilidad de cierre de toda obra historiográfica, pero también renovar las esperanzas en la emancipación social. Dejamos al autor decirlo: “una revolución donde los medios no tienen fines preasignados, sino que los medios/fines se resuelven en la praxis (creadora) de los agentes”.

Consideramos que el libro está sólidamente sustentado en el relevamiento y eficaz lectura de un gran acervo documental que indaga desde la historia conceptual (con un profundo conocimiento de la historia social) y destaca por la originalidad de su estrategia de escritura. Estas apuestas historiográficas y discursivas nos permiten un conocimiento exhaustivo de cómo fue evolucionando el impacto de la revolución en Rusia, en las conciencias de la izquierda argentina, pero no a través de las “certezas finales” o de las conclusiones posteriores de cada agrupamiento, sino indagando en los tanteos, en las vacilaciones, en el lento desarrollo parcial de una comprensión que fue después dominio de toda una generación.

Cristian E. Aquino (UBA)

* * *

Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt, Buenos Aires: Debate, 2014, 569 pp.*

Detengámonos en esta imagen. Un hijo de judíos alemanes, nacido en Buenos Aires en 1898, se entrevista en octubre de 1920 con Grigori Zinoviev, referente de la Internacional Comunista (IC). Ocurre en la ciudad de Hasse, en el congreso fundador del PC Unificado de Alemania y mientras el joven preparaba un retorno a la Argentina. Lo hacía tras una estancia educativa de trece años en tierra germana, donde había obtenido en la Universidad de Frankfurt su título de Doctor en Ciencias Políticas, con una tesis dirigida por

Alfred Weber dedicada al estudio de los planes de “socialización”, pero donde también había protagonizado otra experiencia sustantiva: su adhesión al marxismo y a la revolución. El dirigente ruso le propone realizar actividades clandestinas al servicio de la IC, con el fin de recabar informaciones del flamante PC local. El joven se llama Félix J. Weil, y se convierte durante poco más de un año en el primer delegado de aquel organismo mundial en el Río de la Plata. El dato, aún muy escasamente conocido, no merecería mayor curiosidad si no atendiésemos al hecho de que no se trata de un cuadro comunista obrero o intelectual de rasgos tradicionales: es el rico heredero de una próspera compañía en el rubro de la comercialización agrícola en la Argentina (de hecho, la tercera en importancia), que se encuentra obligado a emprender su estadía en el país precisamente para ocuparse de asuntos de la empresa familiar. Más aún, el peso y la posición estratégica de ese capital lo habían conducido en 1917 a una entrevista, acompañando a su padre, con el káiser Guillermo II, un año antes de la conversión del estudiante a las ideas socialistas.

Analizar una vida con ribetes tan contrapuestos, que ni siquiera se limitaron a estos aspectos, es una apuesta difícil. Mario Rapoport se propuso encararla, con una voluminosa obra que ofrece los múltiples contornos de un ensayo biográfico, de una reconstrucción de los contextos económicos, sociales, políticos y culturales en los que Weil actuó, y de una historia de las ideas. Ello incluye el cotejo de todos los escritos del peculiar personaje examinado. *Bolchevique de salón*, en sus once capítulos, no siempre alcanza una total eficacia en la profundización, la combinación y el equilibrio entre y en cada una de estas esferas, pero sí logra brindar una descripción y una visión analítica global del tema, la más completa, documentada y minuciosa hasta el momento. Sin duda, amplía el conocimiento existente hasta hoy en las tesis doctorales de Helmut Eisenbach y de Martin Traine, cuyo adelanto conocíamos en dos breves ensayos publicados en 1995 en la revista *Espacios* de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). La novedad esencial en cuanto al relevamiento empírico del libro remite a las incompletas memorias y a algunos artículos de Weil (y también de los que opinaron sobre éstos), materiales desconocidos o escasamente escrutados, la mayoría sin traducir del alemán o el inglés.

El biografiado siempre estuvo más identificado por el papel que ejerció y fue tantas veces señalado, aunque sin pormenorizar, por ejemplo, en las consagradas obras de Martin Jay y Rolf Wiggershaus: ser el mecenas de un sofisticado foco del pensamiento y la teoría social crítica del siglo XX. En efecto, tras su segunda vuelta a Alemania, Weil se había implicado en nuevos proyectos dirigidos al desarrollo de la cultura marxista. En mayo de 1923 fue uno de los promotores y financistas de la Primera Semana de Trabajo Marxista, reunida cerca de la pequeña ciudad de Ilmenau (Turingia), junto a los filósofos y dirigentes comunistas Karl Korsch y Georg Lukács, entre otros. El paso más audaz vino luego, cuando Weil juntó la fortuna heredada de su madre recién fallecida y los fondos financieros que le proveyó su pa-

dre, para inaugurar, en junio de 1924, el Institut für Sozialforschung (IFS, Instituto de Investigación Social), conocido con el paso del tiempo como Escuela de Frankfurt, formalmente vinculada a la universidad local, hasta su disolución con la llegada del nazismo al poder. Alrededor del Instituto paradójicamente creado con los recursos de la renta agraria pampeana, que inicialmente, durante la dirección del austromarxista Carl Grünberg, giró en torno a preocupaciones de la teoría socialista y referidas al análisis del movimiento obrero, se fueron reuniendo luego una serie de intelectuales de trascendencia en los años siguientes: Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Friedrich Pollock, Herbert Marcuse, Walter Benjamín, Leo Lowenthal y Erich Fromm, entre otros. Más aún, tras evaluar la reinstalación del IFS en algunas de las universidades argentinas y no poder concretar tal proyecto, en 1935 Weil volvió a colaborar en la financiación de la nueva sede de la entidad en la Universidad de Columbia, en Estados Unidos, país en el cual acabó radicándose hasta su muerte. Y desde 1949 volvió a dar el respaldo para el regreso del IFS a Frankfurt, ya cuando, bajo la nueva dirección de Horkheimer, el centro había virado hacia un abordaje multidisciplinario y más heterogéneo del capitalismo postliberal, propio de la filosofía social y la Teoría Crítica, en donde el eje estuvo en el examen de la razón instrumental, de la dominación de la naturaleza, de la cultura y de la ideología.

En los capítulos 5 a 7 el libro revisa en detalle los específicos roles que Weil desempeñó en todo este proceso de surgimiento y evolución del IFS, complementando o contextualizando algunos datos ya conocidos (extendiéndose en demasía en la presentación de las posiciones de la Escuela de Frankfurt), si bien es especialmente original el análisis que se aporta acerca de la interpretación que Weil hizo sobre la naturaleza del Estado nazi y el soviético y, en menor medida, respecto del capitalismo de Estado y la economía dirigida. En todo caso, Rapoport acierta en reclamar que Weil debe ser estudiado no sólo en sus facetas de patrocinador económico y promotor del campo intelectual, sino también por el valor de sus propias elaboraciones teóricas, aún a pesar de que ellas no hubieran dado vida a un conjunto vasto de publicaciones (la mayoría de las cuales, por otra parte, refirieron sobre Argentina).

Desde luego, Rapoport enfocó su análisis (capítulos 9 y 10) en el único libro de Weil (más allá de algunos otros escritores menores), que comulgaba poco con la Teoría Crítica frankfurtiana. Nos referimos a la extensa y empíricamente muy fundada obra que aquél editara en Nueva York en 1944 bajo el título de *Argentine Riddle* ("El enigma argentino"), redactada luego de su tercera y última estadía en Buenos Aires en 1939 (transcurrieron más de seis décadas hasta la traducción y publicación local del texto). Allí contemplaba la encrucijada en que se hallaba la Argentina tras la crisis económica mundial y la guerra. Intentaba captar las claves del dislocado capitalismo local, en donde se combinaba el latifundio rural y una modernización e industrialización fallida e incompleta, merced, todo ello, decía Weil, al carácter semicolonial del país, sometido al imperialismo británico y a la

cultura rentística de la burguesía nativa. Exploraba los propios intentos del equipo económico de Federico Pinedo y sus proyectos industrializadores en los años 30, en comparación con la experiencia del New Deal norteamericano. Señalaba la corrupción de los diferentes partidos dominantes, el sistema electoral fraudulento, la represión política y las pésimas condiciones de vida de la mayoría laboriosa. Fueron análisis que luego complementó con otros en los que identificó a la emergente figura de Perón, inicialmente no como nazifascista, sino como garante del poder de los estancieros, en vínculos con el imperialismo británico. En la década siguiente, los extendió con varios artículos en los que hizo gala de un antiperonismo cerril de juicios algo pedestres, en tensión con sus propias posiciones anteriores, incluso con demasiada afinidad con los planteos del imperialismo norteamericano, lo cual Rapoport registra convenientemente. A pesar de estas y otras confusiones y yerros, y de introducir algunos enfoques disímiles a una perspectiva teórica marxista, es recordado el interés que despertó *Argentine Riddle* en el intelectual trotskista Milcíades Peña. Fue uno de los pocos marxistas que exploró a este autor y publicó uno de sus textos en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* en 1965, con el fin de encontrar sustento para la interpretación que él y su corriente política habían hecho acerca del bonapartismo peronista y su defensa de los intereses ingleses.

Una y otra vez aparecen apuntados en la obra los pliegues de una vida de perfiles discordantes, mundos opuestos y geografías dispersas (Argentina, Alemania, Estados Unidos). La extravagante situación de un individuo que en su estancia porteña durante los años 1931-1935, sucesivamente, restablece sus contactos con el PC local y el Secretariado Sudamericano de la IC (a los cuales volvió a financiar), dicta cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores sobre cuestiones impositivas y economía dirigida (en donde aún avala la planificación soviética), escribe para *Argentinisches Tageblatt* (el tradicional diario germano liberal de Buenos Aires), pero concluye, increíblemente, y tal como se analiza en el capítulo 8, colaborando en la comisión del Ministerio de Hacienda, a cargo de Pinedo, que redacta la primera Ley de Impuesto a los Réditos del país.

En el desafío de procesar estas líneas divergentes, el relato biográfico y analítico de Rapoport también evidencia ciertos claroscuros o límites. Considerando su especialidad como historiador económico y social, del pensamiento económico y de las relaciones internacionales, cobran sentido los tan logrados dos capítulos iniciales de su libro, de carácter contextual, referidos al análisis del emporio agroexportador argentino y de la Compañía Weil Hermanos. Pero, precisamente, queda algo más desatendido el trayecto del Weil “bolchevique”, sus iniciales vínculos con el comunismo y sus relaciones cambiantes con el marxismo, temas más brevemente tramitados en parte de los capítulos 4 y 5 (en donde sí destaca la importancia del pionero ensayo de historia del movimiento obrero argentino que Weil publicó en Alemania en 1923). La permanente e implícita interrogación que en las más de 500 páginas de la obra se hace acerca de las misteriosas derivas

del “millonario marxista”, del ex comunista que operó como asesor de un régimen conservador que amparaba la estructura económica social a la cual él mismo impugnaba en su libro, no encuentran la sutura de una respuesta concluyente. El autor lo sabe: el propio “enigma Weil” queda erigido. Pero con el erudito texto de Rapoport tenemos mayores puntos de apoyo para seguir explorándolo y buscar, quizás vanamente, una resolución.

Hernán Camarero (UBA - Conicet)